

## III.

Apenas llegaron al pescado, una raya de dudosa frescura aderezada con salsa negra que la sucia de Adela había ahogado en vinagre, Hortensia y Berta sentadas á derecha é izquierda de su tío Bachelard, le excitaban á beber llenando una detrás de otra su vaso y repitiendo:

— ¡Hoy es su santo de V., con que á beber... á celebrarlo!

Se habían puesto las dos en connivencia para sacarle veinte francos. Todos los años su previsor madre las colocaba al lado de su hermano entregándosele por completo. Pero era ruda la tarea de sacarle los cuartos, y exigía toda la buena voluntad de unas muchachas animadas por los dulces ensueños de poder comprarse zapatos Luis XV y guantes de cinco botones. Para que el tío

soltase la mosca era preciso que se emborrachase. Respecto de su familia desarrollaba una feroz avaricia, por más que fuera de ella, derrochase en orgías crapulosas los ochenta mil francos que ganaba al año en el negocio de la comisión á que se dedicaba. Por fortuna aquella noche había llegado á casa de su hermana algo calamocano de resultas de haber pasado la tarde con su sobrino Guenlin, en casa de una vendedora de paraguas del Faubourg-Poissonnière, que se hacía traer para él un rico *vermouth* de Marsella.

— ¡A vuestra salud, pichonas mías! respondía con su voz aguardentosa á las invitaciones de las jóvenes.

Ancho de espaldas, grueso, hombrón, ocupaba media mesa. Lleno de alhajas y con una rosa en el ojal, no podía ocultar su tipo de comerciante vicioso y desárreglado. Sus dientes postizos de un blanco brillante iluminaban su rostro, en el que campeaba una superlativa y roja nariz. Sudaba pez ó poco menos, y en su cara y su frente aparecían multitud de grietas y granos extendiéndose también por su rapada y encanecida cabeza. De vez en cuando sus pesadas pupilas se cerraban ocultando sus pálidos y quemados ojos. Su sobrino Guenlin, hijo de una

hermana de su mujer, aseguraba que su tío vivía en perpetua borrachera, por lo menos aseguraba que no se había quitado la turca de encima desde que se había quedado viudo hacía diez años.

—Narciso, ponte un poco de raya, está exquisita, decía Mad. Jossierand sonriendo á la embriaguez de su hermano, por más que interiormente sufriera al verle en aquel estado deplorable.

Estaba sentada enfrente de él, teniendo á su izquierda al sobrino Guenlin y á su derecha á un joven, Hector Troublot, á quien debía ciertas atenciones. Acostumbraba á aprovechar aquel festín de familia para corresponder á favores recibidos en el curso del año, y por este concepto ocupaba también en la mesa un puesto al lado de madame Jossierand la vecina Mad. Juzeur. Como el tío Bachelard era tan grosero que sólo teniendo en cuenta su fortuna podía soportarse, no le presentaba en la mesa más que á los amigos íntimos ó á personas á quienes creía conveniente fascinar con las riquezas de su hermano. Durante algún tiempo había puesto los ojos en Troublot, que trabajaba en casa de un agente de cambios, mientras que su padre, un hombre inmensamente rico le establecía por su cuenta, con ánimo de trans-

formarle en su yerno; pero el joven profesaba una tranquila aversión al matrimonio, y desilusionada, no le importaba gran cosa que presenciase las escenas que amenizaban el convite, antes por el contrario, y tal vez incitada por el deseo de vengarse le colocaba al lado de su hijo Saturnino, que comía como un puerco. Berta siempre al lado de su hermano, tenía el encargo de contenerle con la mirada cuando pasaba demasiado frecuentemente los dedos por la salsa de los platos.

La criada sirvió una fuente de riñones fritos, y las niñas viendo encandilarse más y más los ojos de su tío, creyeron oportuno reanudar el ataque.

—Beba V. tío, beba V., dijo Hortensia. ¡Hoy hay que echar la casa por la ventana! Y á propósito, ¿no nos dará V. nada por ser su santo?

—¡Calle! y es verdad, añadió Berta con fingida candidez. El día del santo de uno hay que obsequiar á los demás. Vaya, vaya, denos V. veinte francos.

Al oír hablar de dinero, Bachelard exageró su embriaguez. En semejantes casos acudía á su malicia natural, y cerrando los ojos simulaba idiotismo.

—¿Qué decis? balbuceó.

—Que nos dé V. veinte francos... ya sabe usted lo que son veinte francos... no se haga V. el tonto, dijo Berta. Denos V. los veinte francos y le querremos á V. mucho.

Al decir ésto las dos le echaron los brazos por los hombros prodigándole las palabras más dulces, besando su cara inflamada, sin que las causase repugnancia el olor asqueroso que exhalaba. M. Jossierand á quien trastornaba aquel continuo tufillo de ajeno, tabaco y almizcle, se irritó al ver las virgenes gracias de sus hijas frotándose con aquellas vergüenzas recogidas en los más fangosos parajes de París.

—¡Dejadle en paz! gritó.

—¿Por qué razón? exclamó Mad. Jossierand lanzando á su consorte una mirada furibunda... Las pobres se divierten á su modo... Si Narciso quiere darles los veinte francos que le piden, es muy dueño de hacerlo.

—¡M. Bachelard las quiere tanto! insinuó con mogigatería Mad. Juzeur.

Pero el tío se defendía, repitiendo con la boca llena de saliva:

—¡Es extraño! Pero no sé lo que queréis... palabra de honor que no comprendo.

Entonces Berta y Hortensia le dejaron cambiando una mirada confidencial. Por lo

visto aún no había bebido lo bastante, y comenzaron de nuevo á llenarle el vaso acompañando su acción con risas provocativas y lanzándole miradas atrevidas, más propias de mujerzuelas que se proponen desbaliar á un hombre, que de señoritas bien educadas. Sus desnudos brazos, de una redondez y una frescura encantadoras pasaban á cada instante bajo la desmesurada y luminosa nariz del tío.

Entretanto, Troublot, en su calidad de solterón silencioso y egoísta, seguía con los ojos á Adela cuando pasaba con torpe paso por detrás de los comensales para servirles. Era muy miope y le parecía bonita, con sus acentuadas facciones de bretona, y sus cabellos de estambre sucio. Precisamente al poner en la mesa el asado, se dejó caer sobre uno de sus hombros para alcanzar al centro de la mesa, y él fingiendo coger la servilleta la dió un fuerte apretón en una pantorrilla. Adela sin comprender lo que aquello significaba le miró, como si le hubiese pedido algo.

—¿Qué ha sido... le ha tropezado á usted? preguntó Mad. Jossierand... ¡no me extraña, esta chica es tan torpe!... ya se ve, como recién venida... hay que ir desasnándola.

BIBLIOTECA NUEVO LEON  
"ALFONSO" 12.163  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—No ha sido nada, contestó Troublot acariciando su negra barba con la serenidad de un ídolo indiano.

La conversación se animaba en el comedor, poco antes frío, que se calentaba con el calor de la luz y el olor de los guisados. Mad. Juzeur confiaba una vez más á M. Josserand las tristezas de sus treinta abriles solitarios. Frecuentemente elevaba los ojos al cielo, contentándose con esta discreta alusión al drama de su vida: su marido la había abandonado ocho días después de la boda sin que nadie supiera la causa, y respecto de este capítulo no decía una palabra más. Desde entonces vivía sola en una habitación siempre cerrada, en la que no entraban más que curas.

—¡Es tan triste vivir sola á mis años! añadió lánguidamente al mismo tiempo que introducía en su boca un trozo de carne asada.

—¡Una mujer muy desgraciada! dijo madame Josserand á Troublot en voz baja con acento de profunda simpatía.

Pero Troublot miraba con indiferencia á aquella devota de ojos claros, llena de reservas y equívocos: no era de su repertorio.

De pronto hubo un conflicto. Saturnino á quien Berta no vigilaba por atender á su

tío, se entretenía en cortar la carne que le habían servido y formaba con ella sin más auxilio que sus dedos los más raros dibujos en el plato. Aquel desdichado exasperaba á su madre que le temía y se avergonzaba de él. No sabía cómo quitárselo de encima; por vanidad no le había dedicado á un oficio, pero le había sacrificado á sus hermanas sacándole del colegio en donde su dormida inteligencia se despertaba con demasiada lentitud, y hacía ya años que se arrastraba por la casa, inútil y molesto. Su madre pasaba la de Dios es Cristo cada vez que se veía obligada á presentarle en sociedad.

—¡Saturnino! gritó.

Pero el muchacho se puso á hacerla burla, contento como estaba de su obra. Bien es verdad que no la respetaba, tratándola á menudo de enredadora y farsanta, con ese golpe de vista especial de los locos que piensan en alta voz. Las cosas hubieran acabado mal, su madre le habría tirado un plato á la cabeza, si Berta recordando su misión no hubiera dirigido á su hermano una mirada furibunda. Al pronto quiso resistir; pero después sus ojos se entornaron y permaneció agobiado y triste, como entregado á la somnolencia, hasta que terminó la comida.

—Supongo, Guenlin, que habrá V. traído

la flauta, dijo Mad. Josserand procurando disipar el mal efecto de la anterior escena.

Guenlin era un flautista aficionado, pero no tocaba más que delante de personas de confianza.

—¿La flauta? dijo, sí por cierto, señora, la he traído.

Cuando le interpelló Mad. Josserand estaba distraído, tenía sus cabellos y sus patillas rojas más erizados que de costumbre, y seguía con interés la maniobra de las dos jóvenes cerca de su tío. Empleado en una Compañía de Seguros, se reunía con Bachelard todos los días al salir de la oficina, y no le abandonaba recorriendo con él los cafés y yendo de parranda los dos hasta las altas horas de la noche. Detrás de la desencuadernada y corpulenta figura del uno, había seguridad de apercibir la pequeña y pálida del otro.

—¡Ánimo! ¡no le suelten ustedes! dijo de pronto á las muchachas siguiendo las peripecias del combate como si fuera juez del campo.

En efecto, el tío perdía terreno. Cuando después de las legumbres, sirvió Adela un queso helado de grosella y vainilla, se despertó una viva alegría en todos los convidados y las niñas abusaron de la situación para

obligar al tío á beber la mitad de la botella de Champagne que Mad. Josserand pagaba á tres francos en una tienda de ultramarinos de la esquina. Con este motivo se enternecía el pobre hombre olvidando el papel de imbécil que procuraba representar.

—¡Eh! ¿veinte francos...? decía... ¿y por qué veinte francos? ¡Ah! ¿con que quereis veinte francos? Pues no los tengo, os digo que no los tengo. Preguntad á Guenlin. ¿No es verdad que me he dejado en casa el dinero? Él ha tenido que pagar el café que hemos tomado. Si los tuviera os los daría... vaya si os los daría... pues poquito que os quiere vuestro tío.

Guenlin se reía haciendo un ruido semejante al de una garrucha mal ensebada, y murmuraba:

—¡Camastrón!

Después, y como obedeciendo de pronto á una inspiración, añadió:

—Registrenle ustedes.

Acto continuo Berta y Hortensia cayeron sobre su tío como una irrupción bárbara. El deseo de obtener los veinte francos, contenido hasta entonces por su eserúpulo de buena educación, se desbordó. Mientras que una le metía las manos en los bolsillos del chaleco, la otra examinaba las profundidades

de los de su levita. El buen hombre luchaba riéndose, y tal fué la pasión de risa entrecortada con el hipo propio de su estado de embriaguez, que sólo podía pronunciar frases entrecortadas.

—Os aseguro que no tengo ni un céntimo... palabra de honor... dejadme en paz demonios... que me hacéis cosquillas.

—En el pantalón, gritó Guenlin, enardecido con aquel espectáculo.

Las jóvenes obedecieron introduciendo sus delicadas manecitas en el bolsillo del pantalón del viejo; y tan sobreexcitadas estaban, que sin consideración de ningún género le zarandeaban. Berta prorrumpió en una exclamación de triunfo sacando del fondo del bolsillo un puñado de monedas que desparramó sobre la mesa. Entre la calderilla y algunas monedas de plata apareció una pieza de veinte francos.

—¡Victoria! gritó mostrándose encendida, despeinada, arrojando la moneda al alto y cogiéndola en el aire.

Todos los comensales aplaudieron encontrando la escena que acababa de pasar en extremo graciosa. Aquel episodio aumentó la alegría de los circunstantes. Mad. Josserand contemplaba á sus hijas con sonrisa de madre enternecida. El tío recogía el dinero,

diciendo con aire sentencioso, que cuando se querían veinte francos era preciso saber ganarlos, y entre tanto las heroínas de la fiesta fatigadas y contentas, respiraban con fuerza agitando sus temblorosos labios, en la enervación de su deseo.

El timbre de la puerta de la calle sonó. La comida se había prolongado y empezaban á llegar los invitados á la reunión. M. Josserand que había optado por reirse como su esposa, trató de alegrar la sobremesa con algunas canciones de Beranger, pero herida en sus aficiones poéticas le impuso silencio. Los postres fueron breves, con tanta más razón, cuanto que el tío Bachelard, amoscado por el regalo que se había obligado á hacer, buscaba camorra, alegando que su sobrino León no se había dignado ir á felicitarle los días. Mad. Josserand indicó que asistiría á la recepción, y todos se levantaron al anunciar Adela que habían llegado el arquitecto del piso tercero y un joven.

—¡Ah! sí, el nuevo inquilino, dijo madame Juzeur, aceptando el brazo que le ofreció M. Josserand. ¿Le han invitado ustedes? El otro día le encontré en la escalera y me pareció muy apreciable.

Mad. Josserand iba á salir del brazo de

Troublot, cuando Saturnino que había permanecido dormido sin despertarse con el ruido que hicieron sus hermanas al saquear á su tío, tiró la silla en un acceso de furor gritando:

—¡No quiero... con mil diablos! ¡No quiero!

Estos ataques eran los que temía siempre su madre. Hizo señas á su marido para que llevase á la sala á Mad. Juzeur, y se soltó del brazo de Troublot, quien comprendiendo su situación se fué, pero se equivocó de rumbo porque se dirigió á la cocina detrás de la criada. Bachelard y Guenlin sin cuidarse del loco como le llamaban, se pusieron á bromear en un rincón del comedor dándose golpecitos en el vientre.

—Me estaba temiendo lo que sucede, murmuró Mad. Jossierand con gran inquietud. Berta, ven en seguida.

En aquel instante la joven enseñaba á su hermana la moneda, y Saturnino blandiendo un cuchillo que había cogido:

—¡Digo que no quiero, vociferaba... voy á sacarles las tripas!

—¡Berta! gritó su madre con voz de desesperación.

Y cuando la joven llegó en su auxilio no tuvo más que el tiempo preciso para sujetar

á Saturnino que cuchillo en mano se disponía á salir del comedor. La pobre mujer le contenía llena de ira mientras que él con su lógica de loco decía:

—¡Déjeme V... es necesario que mueran...! Ya estoy mejor... y harto de las historias que nos cuentan... Al fin y al cabo nos venderán á todos.

—¿Qué es lo que dices? exclamó Berta imponiéndose. ¿Quieres callar y estarte quieto?

El chico la miró... su rostro estaba desencajado y temblando de rabia balbuceó:

—Quieren casarte otra vez... y eso no puede ser... ¡Nunca! ¿lo oyes? No quiero que nadie te haga daño.

La joven no pudo contener la risa. ¿De dónde sacaba que iban á casarla? Pero él daba á entender que lo sabía, que lo adivinaba.

Al intervenir su madre para calmarle, esgrimió el cuchillo de tal modo que retrocedió asustada. Lo que más sentía era que se enteraran sus convidados de aquella escena, y mandó á Berta que se lo llevase y le encerrase en su cuarto. Saturnino fuera de sí continuaba diciendo:

—No quiero que te casen... no quiero que te hagan mal... ¡Si te casan los degüello!

Berta le puso las manos sobre los hombros mirándole fijamente.

—Oye, le dijo, te calmas ó no te vuelvo á querer en la vida.

El joven vaciló, la desesperación de dolor, no de rabia, se pintó en su rostro, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué no me querrás? murmuró. ¡Oh! ¡no me digas eso, yo quiero que me quieras... mucho... mucho! Dime que me querrás siempre... que no querrás á otro...

Berta le cogió de un brazo y se lo llevó. Desde aquel instante mostró Saturnino la docilidad de un niño.

En la sala Mad. Jossierand exageró su intimidad con Campardon á quien llamaba su querido vecino. ¿Por qué razón Mad. Campardon no la había hecho el inmenso favor de honrar su casa? Y al oír la respuesta del arquitecto alegando que su esposa estaba siempre enferma, añadió que la habría recibido con el mayor gusto aun cuando hubiera subido de bata y en zapatillas. Pero sus sonrisas no abandonaban á Octavio que conversaba con M. Jossierand, todas sus amabilidades iban dirigidas al joven, por encima del hombro de Campardon. Cuando su marido se lo presentó, le mostró tan viva cordialidad que el provinciano llegó á verse en un potro.

Los invitados continuaban entrando: madres de buen año con hijas flacas, padres y tíos apenas despiertos de la somnolencia oficinesca llevando al lado un enjambre de niñas casaderas. Dos lámparas, con pantallas de color de rosa, iluminaban débilmente el salón donde se hallaban el sofá y los sillones de raiido terciopelo encarnado, el piano y tres vistas de Suiza que alteraban la fría desnudez de las paredes, cubiertas de papel blanco y oro. A favor de aquella especie de penumbra, se borraban los rostros míseros y gastados de los invitados, no menos gastados y míseros que los trajes que con penosa resignación ostentaban las damas. Mad. Jossierand llevaba el de color de fuego de la noche anterior; pero para despistar á la gente había pasado la mañana cosiendo unas mangas de otro vestido al cuerpo de aquel, y se había arreglado una esclavina con encajes de imitación para ocultar sus hombros, mientras que sus hijas en paños menores y no muy limpios, le daban á la aguja cubriendo con nuevos adornos sus únicos trajes, que á fuerza de combinaciones habían podido tirar desde el invierno anterior.

Cada vez que sonaba el timbre de la puerta, se oía rumor en la antesala. En un ángulo del salón hablaban varios en voz baja



y de cuando en cuando alteraba aquel murmullo de rezo la desentonada carcajada de alguna señorita que deseaba llamar la atención. Al lado de Mad. Juzeur, que se destacaba de las demás con su traje negro, Bachelard y Gueulin de pié, contaban cosas que pasaban con frecuencia de los límites de lo alegre á los de lo grosero; pero la abandonada podía oírlos sin ruborizarse, y antes por el contrario, sus labios temblorosos sonreían con dulzura evangélica á las gracias del tío y del sobrino. Mad. Josserand no les quitaba ojo, temiendo á cada instante alguna inconveniencia. Su hermano era un hombre peligroso. Por el contrario, Gueulin rechazaba teóricamente á las mujeres, no porque no le gustasen, sino porque temía las consecuencias de sus favores. «No producen más que compromisos,» decía el joven.

Berta se presentó por fin y se acercó á su madre.

—Me ha costado trabajo convencerle, la dijo al oído. No quería acostarse, pero le he encerrado. Lo único que temo es que se desespere y rompa cuanto encuentre á mano.

Mad. Josserand la dió un tirón del vestido. Octavio que estaba cerca de ellas, volvió de pronto la cara.

—Hija mía, dijo con la mayor dulzura presentándole al joven, aquí tienes al nuevo vecino, M. Octavio Mouret, que nos ha dispensado la honra de aceptar nuestra invitación.

Al decir esto miró á su hija, y su mirada fué comprendida en el acto por la joven. Era como una orden de combate, que le recordaba las minuciosas lecciones que le había dado la víspera. En el acto obedeció con la complacencia y la indiferencia de una muchacha que está resuelta á no poner peros al matrimonio. Desempeñó el papel á las mil maravillas, con la gracia y el aplomo de una parisiense consumada, y habló con entusiasmo del Mediodía de Francia, que ni siquiera de oídas conocía. Octavio acostumbrado al empaque de las vírgenes provincianas, quedó encantado de la desenvoltura de aquella señorita que le trataba como á un antiguo amigo.

Pero Troublot que había permanecido ausente desde que terminó la comida, llegó en aquel instante del comedor y Berta sin reflexionar le preguntó de donde venía. Él no la contestó, ella se vió desarmada y para salir del paso presentó mutuamente á los dos jóvenes. Su madre no dejaba de espiarla tomando la actitud de un general en jefe,

y dirigiendo la batalla desde el sillón en donde se sentó. Cuando juzgó que la primera escaramuza había producido el efecto deseado, hizo una seña á su hija y le dijo al oído:

—Aguarda á que los Vabre vengan para tocar el piano... y toca con toda tu alma.

Octavio que quedó mano á mano con Troublot, procuró interrogarle.

—¡Bella muchacha! dijo.

—No es fea.

—La señorita vestida de azul es hermana suya, ¿no es verdad?

—Sí.

—No es tan guapa.

—Que ha de ser... ¡es más flaca!

Troublot que miraba sin ver con sus ojos de miope, tenía todo el aspecto de un hombre de convicciones y terco en sus caprichos. Al volver de su excursión á la cocina, mascaba unas cosas negras que no sin sorpresa apercibió Octavio que eran granos de café.

—Diga V., preguntó de pronto al joven provinciano, las mujeres deben ser de buen año en el Mediodía, ¿eh?

Octavio se sonrió, experimentando cierta simpatía hacia Troublot, al notar su mancomunidad de ideas. Sentándose en un canapé algo retirado, se hicieron mutuas confi-

dencias: el uno habló de su patrona madame Hedouin, una real moza, pero muy fria, y el otro dijo que su principal, el agente de cambio M. Desmarguay, le había destinado á despachar la correspondencia de nueve á cinco, y que había en la casa una criada brutalmente guapa.

La puerta de la sala se abrió y entraron tres personas.

—Son los de Vabre, murmuró Troublot al oído de su nuevo amigo. Augusto, aquel alto que tiene una cabeza de carnero enfermo es el hijo mayor del propietario de esta casa, creo que tiene treinta y tres años, y siempre está sufriendo de jaquecas... es un achaque antiguo, como que le obligó á dejar los estudios y se dedicó á comerciante. El otro es Teófilo. Repare V. qué facha, parece un viejo con sus escasos y amarillos cabellos, con la barba espigada y apenas tiene ventiocho años. Ese padece unos accesos de tos que le parten por el espinazo. Ha intentado seguir varias carreras y ha concluido por casarse con la señora joven que ha entrado al mismo tiempo que ellos, Mad. Valeria.

—Ya la conozco, interrumpió Octavio... La he visto el mismo día que llegué... ¡Es hija de un tendero del barrio...! Pero cómo engañan los velitos que usan las damas...

me pareció bonita y ahora veo que no es más que un tipo original con su cara crispada y el color aplomado.

—Ahí tiene V. una mujer que tampoco me llama la atención, dijo sentenciosamente Troublot. Tiene unos ojos hermosísimos, y hay hombres que con eso sólo se contentan... pero... ¡es tan flaca!

Mad. Jossierand se levantó para saludar á Valeria.

—¿Cómo es eso? exclamó, ¿M. Vabre no viene con ustedes? ¿Tampoco M. y madame Duveyrier se han decidido á honrarnos? Confiaba en su promesa y no se lo perdonaré.

La joven excusó á su padre político á quien la edad obligaba á permanecer en casa, y á quien por otra parte agradaba destinar la noche á despachar sus asuntos. En cuanto á sus cuñados, la habían encargado que fuera intérprete de su sentimiento por no poder disfrutar de los encantos de su reunión; pero habían recibido una invitación oficial á la que no podían negarse. Madame Jossierand se mordió los labios. Ella nunca faltaba los sábados á casa de aquellos farsantes del piso principal, que sin duda se creían deshonrados por el mero hecho de subir al piso cuarto un solo martes. Quizás

su té sin ceremonia no equivalía á los conciertos á gran orquesta de los demás... ¡Pero en fin, qué remedio! Cuando sus hijas se casasen y tuvieran dos yernos con sus correspondientes familias para llenar su salón, también obsequiaría con coros á sus convidados.

—Prepárate, dijo á Berta al oído.

Había unas veinte personas y estaban muy estrechas, porque no se abría un gabinete próximo que servía de alcoba á las niñas. Los recién llegados cambiaban el saludo con los demás invitados, y Valeria se sentó cerca de Mad. Juzeur, mientras que Bachelard y Gueulin murmuraban de Teófilo Vabre considerándole ¡ellos! como un sér inútil. M. Jossierand que parecía extraño en su casa hasta el punto de semejar un tímido convidado, escuchaba con asombro en un rincón la historia de uno de sus más antiguos amigos, alto empleado de Hacienda. Bonnaud, el antiguo jefe de la contabilidad del ferrocarril del Norte que había casado á su hija en la anterior primavera, había descubierto que su yerno, un hombre bien portado, era un antiguo payaso que había vivido diez años á expensas de una funámbula.

—¡Silencio! ¡silencio! repitieron algunas voces complacientes.